

Ecología de los 500 años.

Lo duradero y lo mutable

En el artículo anterior hablé sobre la sabiduría con que los antiguos mochicas del Perú aprovechaban el agua y el alimento. Pero un ecosistema urbano necesita más componentes. Al igual que en la sociedad petrolera actual, la mochica necesitaba energía. De la madera, que no era muy abundante, extraían energía usándola como leña.

Otra fuente menos vulgar de energía era el animal maravilloso de Suramérica, la llama, que contribuía con energía muscular (como bestia de carga) y química (boñiga para encender fuego). Al igual que las mujeres de muchos pueblos indúes pobres de hoy, la mujer mochica debía pasar parte del día recogiendo los regalos que aquí y allá dejaban sus animales domésticos. Para la construcción y el vestido, recurrían al propio suelo (adobe) y una vez más a la llama, que produce una lana excelente. Para el mochica común, debía ser una vida dura, pero sana y apasible.

Pero aquí acaba lo idílico. Esta sociedad era presidida por un semidios guerrero, que gobernaba por medios orales a falta de un sistema de escritura. En sus constantes escaramuzas con pueblos vecinos, capturaban víctimas que eran desnudadas y presentadas en la corte con una cuerda alrededor del cuello y las manos atadas. Durante una ceremonia especial, se les cortaba la garganta y se presentaba su sangre a los sacerdotes.

Sin disminuir en nada la brutalidad del genocidio que acompañó a la invasión europea, tampoco es justo pretender que las sociedades americanas eran angelicales. Al fin y al cabo, igual que todos, los habitantes originales del continente eran, como dijo Mark Twain «humanos, y eso es lo peor que se puede decir de cualquiera». Al igual que entre los mayas, aztecas y demás grupos, la explotación, el racismo, la esclavitud y la guerra, eran algo conocido en la sociedad mochica. Como ha dicho un famoso ensayista mejicano, la estructura del sistema se mantuvo en lo básico. El dirigente ya no fue un cacique sino un gobernador. Los dioses de la naturaleza fueron sustituidos por la divinidad judeocristiana y su corte de santos. Los impuestos imperiales fueron sustituidos por las cargas coloniales.

Los cambios serían más bien en la forma de ver la relación naturaleza-ser humano y en la composición genética de las poblaciones, humanas y demás.

¿Es todo esto válido para otras culturas ancestrales del continente? Veamos el caso de Copán, enclave maya en Honduras. En curioso paralelo con la tumba mochica, en junio de 1989 se descubrió allí una tumba intacta, con los restos de un hombre de unos 35 años. Un niño, aparentemente sacrificado, le acompañó como sirviente. La tumba rebosaba de jades, traídos de Guatemala, y excavaciones cercanas mostraron una compleja organización comercial, con muchas castas especializadas.

El medio ecológico de la cultura maya tenía como base el río Copán, rodeado de tierras planas, «fáciles» de cultivar. Al inicio, era un pueblo sencillo de unos 3.000 habitantes. En el siglo VII, la ciudad era ya un poderoso complejo de 20.000 habitantes. El dirigente máximo, de carácter más religioso, regía con ayuda de las castas sacerdotal y militar, a comerciante, artesanos, escribas (tenían escritura) y sobre todo, agricultores que producían maíz, frijoles y ayote. Empero, su éxito los llevó a la ruina: la población creció tanto que se olvidó el respeto a la naturaleza, lo que acabó en la desnutrición generalizada y abandono paulatino de las ciudades en el siglo IX. Estudios de polen muestran que el bosque no comenzó a recuperarse hasta 400 años después, lo que es un vivo recordatorio para los ecologistas de hoy día.